

Una lectura “contrailustrada” de la modernidad: sujeto, carencia y desamparo en el pensamiento de Weber

Marcelo Carlos Altomare

Universidad Nacional de Quilmes (Argentina)

Resumen

El pensamiento político de la Aufklärung ha modelado un concepto de sujeto caracterizado por tres dimensiones axiológicas universales: el hombre de la modernidad es simultáneamente un sujeto portador de autonomía moral, un sujeto portador de razón ilustrada y un sujeto portador de valor en sí mismo. Frente a esta mentalidad secular y optimista, La ética protestante y el espíritu del capitalismo muestra que el proceso de modernización social supone la emergencia de una ideología religiosa y pesimista que impugna la versión del sujeto de la Ilustración. Rechazando de raíz la existencia de bienes universales de salvación, la idea de hombre de la ética puritana ha forjado la representación de un sujeto heterónomo en tanto predestinado por la decisión de Dios, un sujeto de desconocimiento debido a su incapacidad para conocer su destino salvífico y, finalmente, un sujeto instrumental en razón de estar ofrendado a glorificar a Dios.

Palabras clave: Weber; sujeto; carencia; desamparo.

Artículo recibido: 14/04/16; **evaluado:** entre 20/04/16 y 20/05/16; **aceptado:** 16/06/16.

Introducción

En la conformación de la esfera intelectual moderna el pensamiento de la Ilustración aporta una representación medular de la condición humana: el hombre es un ser portador de

derechos naturales e imprescriptibles en continuo estado de perfeccionamiento de sus facultades cognitivas y morales. El hombre queda emancipado de los prejuicios y las supersticiones legadas por la tradición religiosa, consiguiendo establecer una relación con el mundo natural, el mundo social y el mundo subjetivo mediada por el uso de su razón, y, consecuentemente, logrando adquirir su propia autonomía intelectual y moral. La Ilustración imagina la emergencia de una razón humana definitivamente emancipada de imperativos morales enunciados por tutores religiosos y políticos. Así el pensamiento político ilustrado construye la figura de una condición humana compuesta de tres dimensiones de valor ejemplares que, por este motivo, deben estar bajo la protección de soberanía del Estado y la garantía del derecho positivo. Si observamos el problema desde la perspectiva ética, esto es desde la idea "bien", la ilustración exhibe un sujeto soportado sobre tres bienes nodales, a saber: el hombre es simultáneamente un sujeto de libertad, un sujeto de saber y, por último, un sujeto valuado como fin en sí mismo.

Este optimismo de la Ilustración encontró prontamente su oposición en una Contrailustración que denunciaba los límites de esta emancipación ética cognitiva del hombre forjada de autonomía moral y voluntad del saber. Amparado en el influjo del escepticismo moral del siglo XVI, cuya buena nueva, en boca de Montaigne, anunciaba que la "muerte no es el remedio de una sola enfermedad, es la receta contra todos los males, es un segurísimo puerto que no debe ser temido, sino más bien buscado", debido a que la "vida es una servidumbre si la libertad de morir nos falta" (Montaigne, 1969: 46), la Contrailustración del siglo XVIII podría desconfiar de la llegada de un "tiempo en que la muerte ya no será sino efecto de accidentes extraordinarios" (Condorcet, 2004: 235). En este escenario de cosmovisiones contrapuestas y constituyentes del campo intelectual moderno (cfr. Berlin, 1992) puede inscribirse, sin dudas, la moderna ideología de la ética puritana que, según Weber, crea la idea de un hombre "desilusionado y pesimista (en cruda oposición con la visión, tan distinta, que la Ilustración tuvo del hombre)" (Weber, 1987: 99).

La perspectiva ilustrada del hombre en la teoría política moderna

Entre las múltiples interpretaciones que han intentado definir, en el campo de la historia de las ideas, la especificidad de la modernidad predomina aquella que concibe al hombre como "primer y auténtico *subjectum*, esto significa que se convierte en aquel ente sobre el que se fundamenta todo ente en lo tocante a su modo de ser y su verdad. El hombre se convierte en centro de referencia de lo ente como tal" (Heidegger, 1998: 73). Consecuentemente el hombre

se localiza ahora en el lugar del fundamento, cimiento de la moderna reflexión teológica y filosófica, económica y política pero también cimiento institucional de los derechos del hombre y del ciudadano: la modernidad origina “la interpretación del hombre como *subjectum*” (Heidegger, 1998: 81).

En abierta disputa con la tradición católica Lutero afirmaba que los cristianos “tenemos que convertirnos en libres y valientes y no tenemos que dejar enfriar el espíritu de la libertad... [debiendo] juzgar libremente ... según nuestra fiel comprensión de la Escritura ...” (Lutero, 1986: 65). Dentro de la urdimbre argumental de la metafísica, Descartes accede a “esta verdad: *yo pienso, luego soy* (...) conocí de ahí que yo era una sustancia cuya total esencia o naturaleza no es sino pensar y que, para ser, no necesita lugar alguno ni depende de cosa material alguna” (Descartes, 1961: 66-67). Los artículos de La Enciclopedia arguyen a favor de la existencia de una “naturaleza humana común a todos los hombres ... un derecho natural ... [por el cual] cada uno debe estimar y tratar a los otros como a seres que le son naturalmente iguales, es decir, que son hombres como él” (D’Alembert - Diderot, 1982: 84). El derecho constitucional moderno, corolario de las revoluciones políticas francesa y americana, se caracteriza porque en el “centro del ordenamiento jurídico se pone al *individuo como sujeto único de derecho*... titular de derechos en cuanto tal como individuo” (Fioravanti, 2000: 55). Al ubicarse en el lugar del sustrato ontológico de todo lo existente, desde la reforma luterana y la metafísica cartesiana hasta el pensamiento ilustrado y las revoluciones americana y francesa, el hombre deviene en el fundamento primero de los tiempos modernos (cfr Hegel, 1987).

Sobre el desplazamiento del “dios creador personal en su calidad de causa primera” (Heidegger, 1998: 74) y el emplazamiento “del yo del hombre” (Heidegger, 1998: 88) en el lugar del fundamento de la realidad existente, el pensamiento político de la Ilustración formula un conjunto de axiomas de valor sustantivos para la condición humana. Con el pensamiento de Kant se conforma una antropología filosófica asentada en la idea de hombre, diseñada a través de principios universales constituyentes de una naturaleza humana de apariencia ecuménica. En el escrito De la relación entre teoría y práctica en el derecho político, Kant sostiene que la libertad es un atributo universal del hombre:

La *libertad* en cuanto hombre, cuyo principio para la constitución de una comunidad expreso yo en la fórmula: `Nadie me puede obligar a ser feliz a su modo ... sino que es lícito a cada uno buscar su felicidad por el camino que mejor le parezca, siempre y cuando no cause perjuicio a la libertad de los demás para pretender un fin semejante, libertad que puede coexistir con la libertad de todos según una posible ley universal (esto es, coexistir con ese derecho del otro) (Kant, 1986: 27).

Nuevamente con su texto *Qué es la Ilustración*, Kant expone la existencia de otro rasgo universal del hombre: el saber, cuya práctica le permite emanciparse de la guía moral de tutores religiosos o políticos:

La Ilustración es la salida del hombre de su autoculpable minoría de edad. La minoría de edad significa la incapacidad de servirse de su propio entendimiento sin la guía de otro. Uno mismo es culpable de esta minoría de edad cuando la causa de ella no reside en la carencia de entendimiento, sino en la falta de decisión y valor para servirse por sí mismo de él sin la guía de otro. *Sapere aude!* Ten valor de servirte de tu propio entendimiento!, he aquí el lema de la Ilustración (Kant, 1988: 27).

Finalmente en su obra *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* otra vez, Kant postula la presencia de una tercera cualidad universal del hombre, a saber: su valor absoluto e incondicionado en tanto ente autónomo, es decir, solo sujeto a sí mismo y, por ende, nunca un ente heterónomo o instrumento a disposición de otro:

Ahora yo digo: el hombre, y en general todo ser racional, existe como fin en sí mismo, no sólo como medio para usos cualesquiera de esta o aquella voluntad; debe en todas sus acciones, no sólo las dirigidas a sí mismo, sino las dirigidas a los demás seres racionales, ser considerado siempre al mismo tiempo como fin (Kant, 1946: 41).

De las fuentes citadas puede concluirse que el pensamiento político de la Ilustración construye el concepto de un hombre compuesto de tres dominios de valor absolutos, la protección de los cuales se convierte en la justificación última de la existencia del complejo jurídico y estatal moderno. Expresado en otros términos, si observamos el problema desde la perspectiva ética, esto es, desde la idea de bien constitutivo, desde aquel estilo de vida que en tanto "*bueno...* designa cualquier cosa que se considere valiosa, digna, admirable," (Taylor, 1996: 108), la ideología ilustrada exhibe un hombre soportado sobre tres bienes esenciales, a saber: el hombre es simultáneamente un sujeto de libertad, un sujeto de saber y por último, un sujeto estimado como fin en sí mismo.

A pesar del complejo entramado de ideas de sus distintas corrientes de pensamiento, los tres bienes constitutivos de la Ilustración conforman una trilogía argumental cuya insistencia testimonia la repetición de un pensamiento tan extremo "que viene a eclipsar la verticalidad de la tradición judeocristiana, es decir, la *`religación`* (Maestre, 1988: XII)". Desde esta perspectiva exegética el sujeto de la ilustración es producido por una doble desligadura emancipatoria que discontinúa radicalmente su dependencia respecto de toda forma de superstición cognitiva y tutoría moral. Consecuentemente, la Ilustración inaugura un modelo de condición humana

compuesto de propiedades que se remiten mutuamente entre sí: la razón o facultad de pensar por sí mismo y la libertad o facultad de obedecerse a sí mismo. Resultante de esta condición humana emancipada, el hombre abandona su estado de disposición incondicional a ser instruido y conducido por otros y, por ende, deviene un fin en sí mismo, esto es, un ser de valía moral absoluta. Inmerso en este proceso de ilustración, el ejercicio de pensar por sí mismo lo transforma en propietario de sí mismo; de esta manera el uso de la razón queda indisolublemente ligado a la práctica de la autonomía y, de manera decisiva, a la constitución de la identidad moderna. Con el pensamiento de la Ilustración la cuestión de la identidad del sujeto reenvía al problema del dominio de sí mismo a la facultad de apropiarse de sí mismo, en suma, a la capacidad de transformarse, a través del uso de una razón reguladora, en soberano de sí mismo.

La perspectiva contrailustrada del hombre en la sociología de Max Weber

En oposición a la moderna ideología del hombre secularizado de la Ilustración, centrada en una versión sustancialista y optimista del hombre, Weber muestra en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* la versión religiosa y pesimista del hombre moderno propia del creyente de la ética puritana, que recusa cada uno de los atributos destacados por la versión ilustrada. Considerada una de las premisas del nacimiento del capitalismo moderno, la ideología de la ética puritana instala -según Weber- una versión del hombre centrada en un conjunto de imperativos morales de carácter religioso reglamentados por el Sínodo de Westminster (1647): 1. el hombre está predestinado a la salvación o a la condena por decisión de Dios por ende, el hombre no tiene libertad para obtener su salvación debido a que ha pecado, su voluntad y capacidad para orientarse hacia el bien ha desaparecido (Weber, 1987: 94); 2. el hombre desconoce los designios inescrutables de Dios consecuentemente, el hombre no dispone de capacidad cognitiva para conocer su estado de gracia; las decisiones de Dios pertenecen al ámbito de la infinitud divina, cuya distancia respecto al ámbito de la finitud humana es inconmensurable (Weber, 1987: 95); 3. el hombre es un instrumento de Dios, un medio de Dios, el hombre no es un fin en sí mismo, sino un objeto al servicio de Dios, producto del llamamiento realizado por su palabra hacia aquel que ha sido elegido (Weber, 1987: 107). Comparada con la ideología ilustrada, la moderna mentalidad puritana erige la representación de un hombre carente de los tres bienes fundamentales enunciados por la primera. El moderno hombre de la ética puritana se conforma a la manera de un sujeto de pérdida puesto que, en primer lugar, predestinado por la decisión de Dios carece de libertad de elección moral; en

segundo lugar, incapacitado para conocer el designio de Dios, carece de saber sobre su estado de gracia y, finalmente, definido como instrumento de Dios, carece del atributo de valor para que su condición existencial sea reconocida como un fin en sí mismo.

Sobre la segregación inconmensurable entre el mundo de Dios y el mundo del hombre, la fe puritana instituye su concepción salvífica de la cura de almas. El dogma fundamental afirma que existe una distancia sideral entre la infinitud del ser celestial y la finitud del ser terrestre. De esta relación entre la infinitud divina y la finitud humana deriva el lazo entre la omnipotencia divina que predestina y la impotencia humana que es predestinada. Caído en pecado, el hombre pierde su facultad de orientarse hacia el bien y con ello, su capacidad de conversión. El estado de gracia del creyente se subordina al propósito divino, que predestina a algunos a la vida eterna y a otros a la muerte eterna. Consecuentemente, expropiado de la capacidad de decisión ética sobre su estado de salvación, el puritano se sujeta al destino de Dios: "sólo Dios es libre, es decir, no está sometido a ley alguna" (Weber, 1987: 97).

De este encadenamiento entre el creador divino y la criatura humana proviene la creencia en el carácter incognoscible de la voluntad divina; el arbitrio divino que predestina a los humanos resulta inescrutable. Privado de conocer su destino, el puritano ingresa en un estado de desconocimiento insalvable y por ende, permanece sujeto a la decisión desconocida de Dios. Imposibilitado para alcanzar autónomamente la felicidad eterna y consecuentemente, la certidumbre salvífica, el puritano es el sujeto del hacer predestinador y del saber inexpugnable de Dios. El puritano es, entonces, el sujeto de una divinidad doblemente privadora, que le enajena su libertad moral de elección del bien de salvación y su libertad de conocimiento de su estado de gracia. La infinitud del Dios puritano ejecuta su soberanía sobre una finitud humana incapacitada de emanciparse de su tutoría moral y cognitiva. La ética puritana promueve un sujeto sin libertad y un sujeto sin saber, ya que lo arroja a un estado de completa indecisión ética e incertidumbre sapiente.

A la predestinación e inescrutabilidad de Dios, el puritano suma la creencia en que "Dios no es por los hombres, sino los hombres son por y para Dios" (Weber, 1987: 97): el puritano se representa como criatura encausada por la divinidad y encauzada hacia la divinidad. Siendo Dios causa primera y causa final de la vida humana, la relación entre la criatura y su creador se asienta sobre el incondicional sometimiento del hombre a su creador y sobre el ilimitado imperio de Dios sobre su criatura. Creado por Dios al solo efecto de honrarse a sí mismo, el hombre del puritanismo es una criatura destinada a practicar la alabanza hacia su creador: el sujeto puritano existe "en calidad de medio para el fin de que la Majestad de Dios se honre a sí misma" (Weber, 1987: 97).

La mentalidad ética puritana reposa sobre la idea de la existencia de un padre trascendental que se glorifica a sí mismo mediante la glorificación que sus hijos hacen de él: expresado en otros términos, el padre celestial tiene en su hijo humano el instrumento para enaltecerse a sí mismo. El hombre puritano tramita sus relaciones con Dios articulando la duda religiosa, producto de la predestinación e inexpugnabilidad del padre divino, con la certidumbre salvífica, resultante de la instrumentalidad de la finitud humana. Esta propiedad instrumental del puritano reduce la ligazón entre lo humano y lo divino a una relación de medio a fin: el hombre del puritanismo es un medio, una entidad que sirve para un determinado fin, una cosa al servicio de la finalidad de la alabanza divina; en suma, el creyente puritano es la mediación de la divinidad consigo misma. El sujeto puritano se piensa a sí mismo como un instrumento predestinado a “aumentar la gloria de Dios en el mundo, puesto que (este) quiere que la vida social se organiza conforme a sus preceptos” (Weber, 1987: 103).

En tanto destinado por la voluntad divina, el estilo de vida del puritano cobra la forma de un deber impuesto por el llamado del padre a su criatura, a quien le prescribe ser el instrumento de dominación de la inmanente irracionalidad del mundo: un instrumento “objetivo e impersonal para dar estructura racional al cosmos social” (Weber, 1987: 105), un instrumento de administración ética religiosa del mundo social. El sujeto puritano produce su estilo de vida como medio de glorificación del padre, ya que su existencia encuentra su apoyo en esta “tarea impuesta por Dios” al elegido, quien llamado a ser instrumento de Dios, escapa a la duda religiosa que recae sobre su estado de gracia. El moderno hombre puritano es así un sujeto que se dispone a profesar la vocación del llamado divino, que lo conforma como un ser hecho a imagen y semejanza de un instrumento, esto es, un objeto destinado a servir de mediación entre Dios y el mundo.

Conclusión

Dentro de la esfera cultural moderna el pensamiento ilustrado ha aportado una representación del hombre como sujeto autónomo y racional y consecuentemente, ha derivado una idea optimista de la condición humana postulando que la “naturaleza no ha fijado límite alguno al perfeccionamiento de las facultades humanas [y que] la perfectibilidad del hombre es indefinida” (Condorcet, 2004: 34). Opuestamente, el pensamiento contrailustrado ha tributado una representación del hombre como sujeto heterónimo y no racional y entonces dedujo una idea pesimista de la condición humana, afirmando que el “hombre no puede darse derechos a sí mismo, solo puede defender aquello que le son conferidos por una potencia superior y estos

derechos son las *buenas costumbres*, buenas porque ellas no están escritas y porque no pueden asignárseles ni comienzo ni autor” (de Maistre, 1991: 114). En esta perspectiva ideológica de la Contrailustración, negadora del innatismo propio de los bienes constitutivos del sujeto de la Ilustración, se inscribe el creyente puritano: un sujeto de creencia cuyos valores fundamentales, orientadores de su “estilo de vida”, deben entenderse a la manera de una adquisición de artículos de fe, cuya validez imposibilita que sean justificados por la razón.

En este contexto la identidad del puritano se instituye a la manera de un procedimiento de identificación, un proceso de fijación de su identidad, su “mismidad”, sobre un rasgo identitario religioso que lo transforma en un instrumento accionado por su hacedor, un útil creado para ser manipulado irrestrictamente por su creador, en suma, “un ser a la mano” (Heidegger, 1993: 82) del Dios Padre. En el centro de la creencia puritana está el llamado divino a adaptarse incondicionalmente a un estilo de vida instrumental, a la práctica vocacional impersonal de una profesión que, en tanto medio, está exclusiva y permanentemente orientada al dominio racional del mundo social, subordinándolo a los imperativos divinos. El hombre de profesión puritana es el sujeto de una convicción que hace del trabajo la sede del llamado divino para convertirse en herramienta dispuesta al servicio del padre celestial, en objeto dedicado a la glorificación de Dios: la invocación del padre llama a la vocación del hijo para que éste devenga instrumental cosificado en manos de su creador.

Siendo invocado a ser instrumento de racionalización por Dios y, por esta razón, siendo certificado en calidad de elegido por Dios, el puritano constituye su identidad a la manera de un sujeto pasivo que recibe su identidad mediante la acción realizada por la agencia divina. Privado de la capacidad de hacer y saber por sí mismo, el sujeto puritano es hecho por y es sabido por Dios, quien le confiere la forma de un instrumento de cálculo, dirigido al incesante trabajo de adecuación de la irracionalidad del mundo a la voluntad divina. El problema de la comprobación de su estado de gracia se solapa con el problema de la corroboración de su identidad; el hombre de profesión puritana certifica su identidad enunciándose como instrumento elegido.

Consideremos que “es en y por el lenguaje que el hombre se constituye como *sujeto*; porque solo el lenguaje funda en realidad, en su *realidad* que es la del ser, el concepto de ‘ego’; si la ‘subjetividad’ de que aquí tratamos es la capacidad del locutor de plantearse como ‘sujeto’ (...) Es ‘ego’ quien *dice* ‘ego’” (Benveniste, 1993: 180-181). A la pregunta ¿quién soy yo?, “¿(h) sido yo elegido?” (Weber, 1987: 107), el sujeto de la ética puritana responde “soy un instrumento” de la elección de Dios, esto es, un instrumento del poder divino “actuado” por el propio Dios (Weber, 1987: 111), un mecanismo despersonalizado de corrección normativa del mundo humano. En la corroboración profesional reside el llamado vocacional que Dios opera

sobre los elegidos para el ejercicio del dominio instrumental del mundo social y subjetivo. Haciéndose instrumento de Dios el sujeto puritano constituye su identidad sobre el modelo de un útil, un ente a la mano de la divinidad. El hombre de profesión se cerciora a sí mismo cuando, privado de su libertad de elección ética, se hace un sujeto actuado por la decisión divina, convirtiéndose en instrumento del trabajo supraterrrenal. Al presentar su ser bajo la forma de un objeto de manipulación divina, el sujeto puritano fija su identidad a un rasgo específico de Dios: el hombre de profesión puritana quiere ser instrumento divino. En el hacerse instrumento de Dios, en el hacerse artefacto disponible a la mano de la deidad reside la ontología del puritano, quien así renuncia a la libertad de decisión ética: el hombre de profesión se representa a sí mismo como un sujeto sin libertad, un sujeto ordenado al destino inescrutable de Dios.

En la tradición de las escenas religiosas del encadenamiento entre Dios y hombre, creador y criatura, la ideología judaica inventa la figura del Dios Padre del pueblo elegido, la ideología del cristianismo primitivo crea la idea del Dios Padre del hijo salvador y la ideología puritana construye el arquetipo del Dios Padre del hijo sometido e ignorante, objetivado y manipulado, de un hijo en estado de desamparo.

Bibliografía

- Benveniste, E. (1993), *Problemas de lingüística general I*, México, Siglo XXI.
- Berlin, I. (1992), *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Condorcet, N. (2004), *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- D'Alembert, J., & D. Diderot (1982), *La enciclopedia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- de Maistre, J. (1991), "Consideraciones sobre Francia", en *Teoría política y modernidad: desde el siglo XVI al XIX*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Descartes, R. (1961), *Discurso del método*, Buenos Aires, Losada.
- Fioravanti, M. (2000), *Los derechos fundamentales. Aportes de las constituciones*, Madrid, Trotta.
- Heidegger, M. (1998). 'La época de la imagen del mundo', en Martin Heidegger, *Caminos del bosque*, Alianza, Madrid.
- Heidegger, M. (1993), *El ser y el tiempo*, Buenos Aires, Planeta.

- Hegel, G. (1987), *Fundamentos de la filosofía del derecho*, Buenos Aires, Siglo XX.
- Kant, I. (1986), "De la relación entre teoría y práctica en el derecho político", en *Teoría y práctica*, Madrid, Tecnos.
- Kant, I. (1988), "Respuesta a la pregunta: Qué es la Ilustración", en *¿Qué es la Ilustración?*, vv.aa., Madrid, Tecnos.
- Kant, I. (1967), *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Buenos Aires, Espasa-Calpe.
- Lutero, M. (1986), *A la nobleza cristiana de la nación alemana. Acerca de la reforma de la condición cristiana*, Madrid, Tecnos.
- Maestre, A. (1988), "Estudio Preliminar", en *¿Qué es la Ilustración?*, vv.aa., Madrid, Tecnos.
- Montaigne, S. M. (1969), *Ensayos selectos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Taylor, Ch. (1996), *Fuentes del yo. La construcción del identidad moderna*, España, Paidós.
- Weber, M. (1987), "La ética protestante y el espíritu del capitalismo", en *Ensayos sobre sociología de la religión*, Volumen I, Madrid, Taurus.